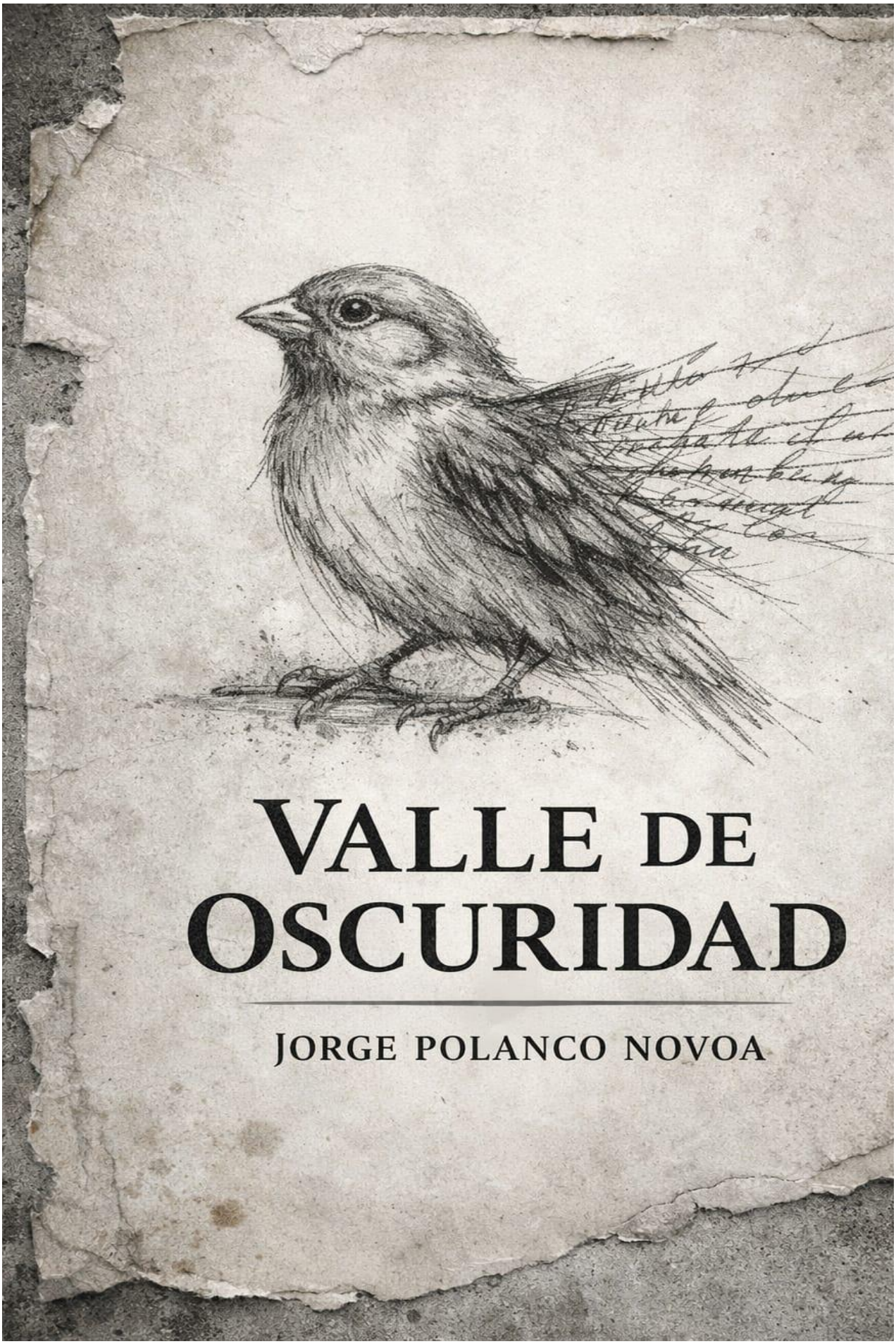

VALLE DE OSCURIDAD

JORGE POLANCO NOVOA

VALLE DE LA OSCURIDAD

Jorge Enrique Polanco Novoa

Prólogo

por Flor de María Jirón Ayala

Hay libros que nacen de la calma, y hay otros que emergen desde las profundidades del alma humana, allí donde la vida se enfrenta con sus sombras más densas. Valle de Oscuridad pertenece a esta última estirpe.

Este poemario no es simplemente una reunión de versos; es una travesía espiritual por los territorios donde el dolor, la memoria y la esperanza se entrelazan. Cada poema parece escrito con la tinta invisible de las experiencias que marcan al ser humano cuando camina por sus noches más largas. En estas páginas, la oscuridad no es solo ausencia de luz; es también un espacio de reflexión, de búsqueda interior, de resistencia silenciosa. Porque incluso en el valle más profundo, el espíritu humano conserva una chispa que se niega a extinguirse.

La poesía de Valle de Oscuridad nos recuerda que las heridas también hablan, que los silencios tienen memoria y que la palabra poética puede convertirse en un puente entre la fragilidad y la fortaleza del alma. Este libro invita al lector a atravesar ese valle con valentía. No para quedarse en la sombra, sino para comprender que muchas veces es desde la oscuridad donde se aprende a reconocer el verdadero valor de la luz. Que estos versos acompañen al lector como una voz íntima en medio del silencio, y que al cerrar sus páginas quede la certeza de que toda noche, por profunda que sea, guarda en su horizonte la promesa inevitable del amanecer.

Flor de María Jirón Ayala

Capítulo I

Donde el tiempo aprende a esperar

El tiempo acá no camina.

Se sienta a mi lado y me mira respirar.

No corre como dicen los libros, no avanza como prometen los expedientes. El tiempo, en este lugar, se vuelve íntimo.

Se pega al cuerpo, se enreda en el pecho, aprende el ritmo irregular de mi respiración y se queda ahí, escuchando.

A veces creo que me espera a mí.

El Estado mide el tiempo en días.

Yo lo mido en latidos.

En la madrugada, cuando el silencio pesa más que el encierro, el tiempo se vuelve blando. Duele distinto.

No grita, no golpea: acaricia con lentitud, como quien sabe que no hay apuro cuando el otro no puede irse.

El papel no ama.

El cuerpo sí.

Ama aun cansado. Ama aun temiendo. Ama incluso cuando el aire falta y la noche se estira como una pregunta sin respuesta.

El expediente no siente la angustia que precede al sueño ni el sobresalto que despierta al corazón antes del alba.

El expediente no sueña.

Yo sí.

Sueño con voces que no llegan, con nombres que el silencio pronuncia mejor que la boca.

Sueño con manos, con calles, con una vida que sigue respirando en otro lugar.

Y al despertar, el tiempo vuelve a sentarse conmigo, paciente, casi tierno, como si me dijera: todavía no.

Aquí aprendí que esperar también es una forma de amar.

Amar lo que fue.

Amar lo que podría volver.

Amar incluso lo que duele.

Porque quien espera no se rinde: se queda.

Este libro no es una queja. Es una confesión. Nace de la certeza de que el cuerpo recuerda lo que el derecho olvida, y de que el tiempo, cuando no corre, se convierte en compañía.

Yo no le escribo al Estado.

Le escribo al tiempo.

Para que no me olvide.

Para que, cuando decida moverse otra vez, me encuentre vivo.

Capítulo II

Donde el amor duele más que la ausencia

La ausencia no se va.

Se queda sentada adentro, respirando conmigo.

No grita. No reclama. Aprendió a doler en silencio, como las cosas que no tienen permiso para existir.

Hay nombres que no puedo decir sin que el pecho se me cierre un poco, como si el cuerpo recordara antes que la palabra.

El encierro no mata el amor.

Lo desangra lento.

Cada día le quita un gesto, una certeza, una voz. No de golpe. Nunca de golpe.

El amor acá no se rompe: se desgasta, como una cuerda tensa que nadie afloja. Y aun así, sigue sosteniendo.

Hay noches en las que el recuerdo pesa más que el cuerpo. No se duerme, se resiste.

El aire entra corto, la mente se llena de escenas que no vuelven y el tiempo —ese cómplice mudo— observa sin intervenir.

El expediente no registra esta forma de dolor.

No hay formulario para la pérdida cotidiana.

No anota la hija que no responde, el silencio que se vuelve costumbre, la sensación de ser olvidado sin haber desaparecido.

Para el sistema, la distancia es un dato. Para el cuerpo, es una herida abierta que no sangra, pero arde.

A veces amar duele más que perder.

Porque amar es seguir creyendo.

Creer que del otro lado alguien piensa en uno. Creer que el lazo no se aflojó del todo.

Creer, aun cuando la evidencia empuja hacia el abandono. Ese acto —seguir creyendo— es lo más cruel y lo más humano que queda.

Aquí el amor no consuela.

Acusa.

Acusa cada madrugada que llega sin noticias. Cada día que avanza sin respuesta. Cada silencio que se vuelve definitivo.

Amar desde acá es sostener una esperanza que se vuelve peso, que cansa, que a veces quiebra.

And sin embargo, no se suelta.

Porque soltar sería aceptar que el encierro ganó algo más que el cuerpo.

Sería entregar también la última frontera: la capacidad de sentir.

Este capítulo no celebra el amor.

Lo expone.

Como se expone una herida al aire, sabiendo que va a doler más, pero que cerrarla en falso sería morir un poco antes.

Y mientras el amor siga doliendo así,

todavía estoy vivo.

Capítulo III

El día en que el cuerpo entendió (y la lealtad se rompió)

El cuerpo siempre entiende antes.

Antes que la ley. Antes que la esperanza. Antes que el abogado.

Hay un momento —silencioso, irreversible— en el que uno comprende que no está solo, sino mal acompañado.

Que la defensa existe en el papel, pero no en el acto.

Que la voz que debía sostener se volvió cálculo.

El cuerpo lo sintió primero.

El aire faltó el mismo día en que la palabra se volvió tibia.

En que la estrategia empezó a oler a resignación maquillada.

En que la justicia dejó de ser promesa y pasó a ser moneda.

El abogado infiel no traiciona con ruido.

Traiciona con prudencia.

No grita. No abandona formalmente. Se vende en cuotas, con frases cuidadas, con silencios oportunos, con acuerdos que “convienen” siempre a otro.

Aprende rápido a leer el poder y lento a mirar al defendido.

El expediente lo acepta.

El cuerpo, no.

Ese día entendí que hay defensas que defienden su lugar, no a la persona.

Que hay lealtades que duran lo que dura una firma, y convicciones que se negocian cuando el costo es ajeno.

El abogado habló de tiempos.

El cuerpo habló de límites.

Mientras uno recomendaba paciencia, el otro pedía aire. Mientras uno calculaba escenarios, el otro temblaba.

Y en ese desajuste brutal se reveló la verdad: estaba solo en lo esencial.

La traición no siempre es activa.

A veces es omisión profesional con sonrisa ética.

El abogado infiel no miente: administra el daño. No pelea: acomoda. No arriesga: preserva.

Se vuelve parte del engranaje que debía enfrentar, porque es más seguro encajar que resistir.

Ese día el amor ya no alcanzó.

La memoria tampoco.

Ni siquiera la rabia fue suficiente. Lo único que quedó fue el cuerpo, sosteniéndose sin intermediarios, entendiendo que la última defensa —la real— empieza cuando nadie más pelea por vos.

Este capítulo no acusa nombres.

Describe una figura.

La del abogado que se vende sin anunciarlo.

La del sistema que lo premia.

La del cuerpo que paga el precio completo.

Y cuando el cuerpo entiende esto,

ya no espera justicia.

Se prepara para sobrevivir.

Capítulo IV

La soledad jurídica (y el juez que mira el calendario)

Hay una soledad peor que el encierro.

La de estar a disposición de alguien que ya se fue mentalmente.

El juez no abandona el cargo: abandona la presencia. Está, pero pensando en otra cosa.

En el fin de semana que se acerca, en el horario que cierra, en la agenda que no quiere desordenar.

El sufrimiento ajeno no entra en su planificación.

El dolor no figura en Google Calendar.

Ese día entendí que la soledad jurídica no nace solo de defensas tibias.

Nace también del poder que mira el reloj mientras otros miran el techo, esperando aire, respuesta o alivio.

El juez firma.

No siente.

Firma rápido lo que demora vidas. Firma con la ligereza de quien no va a cargar las consecuencias en el pecho.

Para él, es viernes. Para otro, es otra noche sin dormir.

El sistema le enseñó a separar.

Separar el expediente del cuerpo.

Separar la urgencia del horario.

Separar la humanidad del rol.

Y esa separación mata lento.

Mientras alguien sufre, el juez piensa en el descanso. Mientras el cuerpo se deteriora, el expediente “puede esperar”.

Porque el fin de semana también es sagrado —aunque la vida ajena no lo sea tanto.

La ley no lo obliga a mirar.

Solo a decidir.

Y decidir sin mirar es una forma elegante de crueldad.

No hay audiencia para la angustia que no es urgente en papel.

No hay habilitación para el miedo que no entra en categoría.

El juez confía en el sistema, y el sistema confía en la espera.

El cuerpo no confía en nadie.

Ese día entendí que la soledad jurídica es estructural. No es un error: es una forma de funcionamiento.

Un engranaje que sigue girando incluso cuando alguien se rompe adentro.

El juez se va.

El expediente queda.

El cuerpo también.

Este capítulo no acusa personas.

Describe una escena repetida.

La de un poder que se retira a descansar mientras otros siguen resistiendo despiertos.

La de una justicia que no llega tarde por maldad, sino por comodidad.

Y cuando el juez apaga la luz de su oficina,

alguien sigue despierto,

esperando que el lunes no llegue demasiado tarde.

Capítulo V

La visita que llora por dentro

La visita llega con una sonrisa prestada.

Una sonrisa que no le pertenece, que se pone como abrigo para no quebrarse antes de tiempo.

Camina hacia mí cargando palabras que no va a decir.

Las trae ordenadas, prolijas, como si el silencio también tuviera que pasar un control.

Sus ojos miran firme, pero por dentro algo se le cae.

La visita no llora afuera.

Llora adentro, donde no la ven.

Porque sabe que si llora acá, se rompe todo. Sabe que alguien tiene que sostener la escena, hacer de mundo normal por un rato.

Entonces habla de cosas pequeñas, de noticias que no importan, de un “todo va a estar bien” que ninguno cree del todo.

El sistema permite la visita.

No permite el alivio.

Nos sentamos frente a frente como dos personas que se reconocen y, al mismo tiempo, se despiden un poco.

Cada visita es eso: un reencreuentro con fecha de vencimiento. Un amor con horario.

La visita me mira el cuerpo antes que la cara. Mide la respiración, el color, el cansancio. Pregunta sin preguntar.

Y cuando no obtiene respuestas claras, se las inventa para poder seguir.

La visita es valiente de una forma que no se celebra.

Carga con el dolor sin mostrarlo.

Sostiene sin hacer ruido.

Yo hablo para tranquilizarla.

Ella escucha para no llorar.

Hay un pacto silencioso: ninguno va a decir cuánto duele esto. Ninguno va a pronunciar la palabra miedo.

Porque si el miedo entra en la conversación, ya no sale.

El expediente no registra las visitas.

No anota las manos que tiemblan disimuladamente.

No consigna las lágrimas que se guardan para el baño, para el pasillo, para el camino de vuelta.

La visita se va siempre antes de irse.

Empieza a despedirse minutos antes, preparando el cuerpo para el corte.

Y cuando llega el momento, se levanta entera por fuera, rota por dentro.

Me mira una última vez como si quisiera memorizarme.

Como si temiera que el tiempo haga lo suyo.

Cuando se va, el lugar queda más chico.

El aire pesa más.

Y el silencio vuelve con ventaja.

Este capítulo no habla de mí.

Habla de quien ama y no puede quedarse.

De la visita que llora por dentro para que el otro no se caiga.

De la fortaleza invisible que nadie reconoce. De ese dolor limpio, contenido, que no hace escándalo pero deja marca.

Porque si el encierro castiga al que queda,

la visita paga otra condena:

la de irse sabiendo que deja a alguien atrás.

Y aun así, vuelve.

Capítulo VI

La noche que no termina nunca

La cárcel no tiene oscuridad.
Es oscuridad.
No cae la noche:
la noche te cae encima.
Se pega a la piel como hollín,
se mete en los pulmones,
te aprende los huesos de memoria
y después se queda a vivir ahí.

La oscuridad no duerme.
Te mira dormir.
Cuando cerrás los ojos, entra.
Cuando los abrís, sigue ahí.
No hay parpadeo que la espante,
no hay recuerdo que la ilumine del todo.

La cárcel es un pozo sin fondo
donde el grito rebota
y vuelve convertido en eco cansado.
Acá el negro tiene peso.
Empuja el pecho.
Dobla la espalda.
Hace que el tiempo se arrastre
como un animal herido.

La noche no es silencio.
Es un ruido bajo, constante,

hecho de respiraciones ajenas,

de pasos que no anuncian nada,

de llaves que suenan

como si cerraran el mundo una vez más.

La oscuridad piensa.

Sabe cuándo estás débil.

Sabe cuándo la memoria afloja.

Y ahí se sienta,

paciente,

a esperar que te rindas.

Las paredes transpiran sombras.

El techo baja un poco cada noche.

El aire se vuelve viejo,

usado,

como si otros ya lo hubieran sufrido antes.

Acá uno no tiene miedo de morir.

Tiene miedo de desaparecer despierto.

La cárcel te enseña una verdad brutal:

que el alma también puede encerrarse,

que la esperanza puede aprender a callarse,

que la luz no siempre gana.

Y aun así…

muy abajo,

donde la oscuridad cree que ya ganó,

queda algo.

No luz.

No fe.

No promesa.

Un resto.

Una obstinación mínima.

Un latido que se niega a pedir permiso.

La noche lo sabe.

Por eso aprieta más.

Porque si ese latido sobrevive,

aunque sea herido,

aunque sea solo,

la oscuridad tendrá que seguir trabajando.

Y la cárcel odia

todo lo que no logra quebrar del todo.

Capítulo VII

La que se fue

No te llevaste tus cosas.
Te llevaste el tiempo
que yo aún creía mío.
Mientras yo contaba días
con números torcidos,
vos aprendías otros nombres
más fáciles de pronunciar.

No fue la ausencia lo que dolió.
Fue saber
que afuera el mundo seguía
y yo había quedado
fuera de tu latido.

Prometiste esperar.
Las promesas en libertad
pesan poco.
Se evaporan
cuando nadie las vigila.

Yo no te pedía heroicidad,
solo permanencia.
Pero el amor, cuando no resiste,
elige caminos amplios
y deja atrás
los pasillos estrechos del encierro.

No te culpo.
La cárcel también se pega
al que ama desde afuera.
Pero hay abandonos
que se sienten
como una segunda condena.

A veces pienso
que no me dejaste por otro,
sino por el miedo
a mirarte
atada a mi sombra.

Yo sigo aquí.
Vos seguís viva.
Eso nos separa.

Y sin embargo,
cuando cae la noche,
tu recuerdo vuelve
como un beso que no llega
pero insiste.

No te guardo rencor.
Te guardo silencio.
Que es más hondo
y dura más.

Capítulo VIII

Nuevo amor

El amor llegó
cuando ya no rezaba,
cuando la fe era un animal cansado
y el corazón latía por inercia.

No fue luz.
Fue sombra compatible.
Una oscuridad que no huía de la mía.

Aprendí que un nuevo comienzo
no nace limpio,
nace manchado de recuerdos,
con nombres que todavía duelen
y silencios que no se perdonan.

Te amé sin promesas
porque las promesas mienten.
Te amé con miedo,
y aun así me quedé.

Este amor no salva.
Este amor acompaña
mientras sangra lento
lo que nunca terminó de morir.

Capítulo IX

El cuerpo como deuda

El cuerpo empieza a fallar
antes que la esperanza.
No avisa.
Se apaga por partes,
como una luz intervenida desde afuera.

En la cárcel,
las patologías no son diagnósticos:
son advertencias.
El pecho duele porque sabe,
la respiración se corta
porque alguien decidió
que esperar también es castigo.

Las enfermedades se heredan entre celdas,
circulan como rumores,
se agravan en silencio.
Acá nadie se enferma solo:
hay jerarquías,
hay permisos,
hay mafias que administran
quién vive mejor
y quién se desgasta despacio.

El amor aparece tarde,
cuando el cuerpo ya está marcado.
Romántico y oscuro,
como una promesa hecha

entre fiebre y rejas.

Amar enfermo
es resistir dos veces.
Y aun así sigo.

Porque cada latido débil
es una deuda que no pienso pagar.
Porque en este lugar,
seguir vivo
es la única traición imperdonable.

Capítulo X

Los tribunales duermen (alfombra roja)

Los tribunales duermen.
No sueñan justicia: babean poder.
Bajo luces tibias, la alfombra roja
absorbe pasos impunes y silencios comprados.
Tacones de privilegio cruzan despacio,
trajes negros desfilan como santos falsos,
mientras la verdad queda afuera,
sin invitación, temblando en la vereda.

Adentro, el tiempo se arrodilla.
Los relojes se sacan la toga.
Las causas envejecieron en vitrinas de cristal
y la ley posa para la foto.

El amor —oscuro, romántico, rabioso—
no camina alfombras:
arrastra cadenas, besa el polvo,
pero no se rinde.

Los tribunales duermen.
La alfombra roja está limpia.
La conciencia, manchada.

Capítulo XI

La defensa que no hace nada

No todo defensor es garante de libertad.

Algunos son apenas testigos cómodos del encierro.

El defensor que no hace nada no grita, no se equivoca, no deja rastros.

Es prolijo, correcto, educado.

Y precisamente por eso es peligroso.

Porque mientras no hace nada, el hombre sigue preso.

No empuja el expediente.

No exige plazos.

No incomoda al juez.

No insiste.

No recuerda que detrás del número hay un cuerpo, una respiración, una vida que se consume día a día.

El defensor inmóvil no necesita negar derechos:

le alcanza con dejarlos dormir.

Cada escrito que no presenta es una puerta que no se abre.

Cada plazo que deja correr es tiempo robado.

Cada silencio suyo se paga con encierro ajeno.

Y sin embargo, duerme tranquilo.

Porque la culpa no es visible.

Porque el sistema no castiga la pasividad.

Porque nadie le pregunta cuántos días de prisión evitó.

El defensor que no hace nada no defiende: administra la resignación.

Convierte la prisión preventiva en costumbre.

La urgencia en trámite.

La libertad en algo postergable.

Aquí la defensa deja de ser derecho y se transforma en ficción jurídica.
El detenido cree que alguien pelea por él,
cuando en realidad nadie está peleando.

No hay peor traición que esta:
la del que acepta representar sin representar,
la del que ocupa un lugar para no usarlo.
Porque el daño no se mide en errores,
sino en días de encierro innecesario.
Y cada día de prisión que pudo evitarse
y no se evitó
tiene nombre,
tiene firma,
tiene responsable.

El defensor que no hace nada debería saberlo:
no es neutral,
no es ajeno,
no es espectador.
Es parte del mecanismo que priva de libertad
a quien todavía no fue condenado.

Y algún día, cuando hable de ética, de derechos y de garantías,
debería tener el coraje de preguntarse algo simple y brutal:
¿Cuántos hombres siguieron presos
mientras yo no hacía nada?

Capítulo XII

El teléfono suena

El teléfono suena
como suena la última cuerda antes de romperse.
No anuncia nada: avisa.
Marco números que ya conocen mi voz
y aun así eligen no reconocerla.
Asistentes del juez,
guardianas del silencio,
funcionarias del “después”.

Cada llamada no contestada
es una noche más larga.
No es demora:
es abandono con membrete.
Del otro lado no hay error técnico,
hay decisión.
La decisión de no escuchar
a quien todavía cree
que la justicia tiene pulso.

El tono se repite
como un martillo lento sobre el pecho.
Ring.
Ring.
Ring.
Y el alma aprende
que también se puede morir en cuotas.

El teléfono tiembla en la mano

como tiembla el amor cuando ya no es correspondido.

Porque esto también es amor:

amar una respuesta que nunca llega,

seguir llamando

aunque el silencio ya haya hablado.

No contestan.

No porque no puedan.

Sino porque no duele del lado de ellos.

Y ahí,

en ese instante sin testigos,

la tragedia se vuelve romántica:

seguir creyendo

cuando todo insiste en que no.

Oscuro no es el silencio.

Oscuro es marcar otra vez

sabiendo la verdad

y aun así hacerlo.

Capítulo XIII

Audiencias no contestadas

Las audiencias no llegan.
No porque no se pidan,
sino porque el silencio decidió responder primero.
Se escribe el nombre,
se pide la palabra,
se espera.
And del otro lado, nada.
Ni un no. Ni un sí.
Solo el eco burocrático de un tiempo que no vuelve.

El psicólogo mira desde una puerta cerrada,
el asistente promete mañanas que nunca existen,
el criminólogo archiva rostros sin escuchar voces,
el trabajador social camina pasillos
donde la firma pesa más que la vida.

El área de trabajo —esa palabra tan luminosa—
se vuelve sombra.
Se solicita, se insiste, se suplica en formularios
que duermen en cajones metálicos.

Aquí, el futuro se posterga sin explicación.
Cada audiencia no contestada
es una herida sin diagnóstico,
un informe sin alma,
una espera que envejece al que espera.

No responder es una forma de decir:

tu tiempo no importa.
Es administrar la esperanza
como si fuera un privilegio
y no un derecho.

El silencio también juzga.
Juzga sin firma,
sin fecha,
sin rostro.

Y mientras tanto,
el interno aprende la lección más cruel:
que hay voces que no se escuchan
porque nunca estuvieron destinadas
a ser oídas.

Este capítulo no pide permiso.
Deja constancia.
Porque incluso en la oscuridad,
nombrar el silencio
es empezar a romperlo.

Capítulo XIV

Y vinieron los médicos con manos limpias
y palabras cansadas.
No miraron la herida:
miraron el reloj.

A los que sangraban por dentro
les dieron paracetamol,
como quien apaga un incendio
soplando una vela.

Dijeron: no es grave,
porque no supieron escuchar
el grito mudo del cuerpo
ni la fiebre del alma.

El corazón abierto clamaba,
la sangre sabía la verdad,
pero ellos repitieron la dosis
y cerraron los ojos.

Bienaventurado el que duda,
porque al menos sospecha del dolor ajeno.
Maldito el que receta alivio
para no ver la muerte de cerca.

El paracetamol fue su salmo,
su absolución barata,
su forma elegante de huir
sin mancharse las manos.

Porque escrito está:
el dolor que no se trata
no desaparece,
se organiza en silencio.

Y el cuerpo se vuelve profeta,
y la noche tribunal.

Y cuando ya no hubo médicos
ni recetas,
el enfermo habló con Dios
sin intermediarios.
Y Dios no dio paracetamol.
Dio verdad.

Capítulo XV

Ellas vienen igual.

Aunque la lluvia les cale hasta el alma,

aunque el frío les parta los dedos

o el calor sofocado les robe el aire en la fila eterna.

Vienen.

Con bolsas livianas y corazones pesados,

con lo justo, con lo permitido,

con miedo a equivocarse

y que un gesto mínimo les quite la visita.

El servicio penitenciario las mira como estorbo,

las oprime con reglas que cambian según el humor del día,

las aburre con esperas inútiles,

las molesta con órdenes secas,

con silencios crueles,

con la humillación disfrazada de protocolo.

Les prohíben lo simple.

Lo humano.

Un dulce para el hijo,

un manjar para el esposo,

un pedazo de memoria para el abuelo.

Como si el azúcar fuera peligro,

como si el amor escondiera armas,

como si alimentar el alma

fuera una amenaza para el sistema.

Revisan, sacuden, desarman.

No solo los bolsos:
desarman la dignidad.
Cada “no se puede” cae como golpe mudo
sobre mujeres que ya vienen cansadas de la vida.

Ellas agachan la cabeza,
no por sumisión,
sino por estrategia de supervivencia.
Porque discutir es perder,
y perder acá
es no verlos.

Aun así vuelven.
Siempre vuelven.
Bajo la lluvia, bajo el sol quemante,
bajo el peso de un poder pequeño
que se cree grande castigando ternura.

Cuando se van,
el pabellón queda más oscuro
y la injusticia más evidente.
Porque no hay reja más cruel
que la que impide compartir un dulce,
ni castigo más cobarde
que prohibir el amor en pequeñas dosis.

Capítulo XVI

La atención médica extra muro

Prometida como un milagro
que nunca llega.
Mil pretextos desfilan
con guardapolvo y sello:
no hay móvil,
no hay turno,
mañana,
la semana que viene,
falta un papel,
falta tiempo,
falta voluntad.

Las citas caen a deshoras,
como castigos disfrazados de agenda,
cuando el cuerpo ya no responde
y la esperanza duerme sedada.

Esperas oprimidas,
bancos fríos, pasillos sin nombre,
horas que no curan
y minutos que aprietan el pecho.

Juegan con tu mente
como si la salud fuera un juego lento,
como si el dolor supiera esperar,
como si el corazón entendiera de trámites.

Extra muro dicen,

pero el muro sigue ahí:

invisible,

cruel,

levantado con excusas.

Y uno aprende

que no duele solo la enfermedad,

duele el abandono,

duele que te miren vivo

pero te traten como si ya no importaras.

Capítulo XVII

La audiencia que nunca llega

La audiencia estaba marcada en el calendario de nadie.
Un papel sin tinta,
un horario sin reloj,
una promesa que envejeció antes de nacer.

Era para estudiar.
O para ganar un estímulo.
O para recordar que aún existo.
Pero nunca llegó.

El tiempo, en la cárcel, no camina:
se arrastra.
Y cada día pregunta lo mismo
sin recibir respuesta.

Los pasillos escucharon mi nombre
y lo dejaron caer al piso,
como se cae una moneda sin valor.
Los escritorios siguieron limpios,
las firmas durmieron,
las carpetas cerraron los ojos.

Dicen “ya va a salir”.
Dicen “la semana que viene”.
Dicen “falta un informe”.

Siempre falta algo.
Siempre falto yo.

El estímulo no era un premio,
era una migaja de dignidad.
Estudiar no era un lujo,
era una forma de no volverme piedra.

Pero la audiencia no llegó.
Y el silencio volvió a ganar.

Aquí, esperar también es una condena.
Aquí, el futuro se posterga con sellos.
Aquí, aprender es un derecho
que se archiva.

Sigo sentado.
Sigo esperando.
Sigo creyendo, a pesar de todo,
que algún día alguien abrirá la puerta correcta
y dirá mi nombre
sin olvidarlo a mitad de camino.

Hasta entonces,
la audiencia sigue ausente
y yo sigo presente.

Capítulo XVIII
La famosa carpa

La carpa sigue ahí,
no importa que el frío te congele hasta los huesos
ni que el sol te queme la piel con fuego cruel.

En el patio del dolor,
su sombra se arrastra como un verdugo silencioso,
observando cada latido roto, cada suspiro robado.

El aire es denso,
huele a humillación, a sudor, a gritos que nunca llegan a ser escuchados.
Los barrotes ríen con ecos de condena,
y la carpa, testigo muda, absorbe lágrimas como si fueran lluvia ácida.

Ellas llegan, las pocas que se atreven,
con ojos que han aprendido a llorar sin sonido,
con manos temblorosas que llevan un pedazo de vida
que les prohíben entregar: un dulce, un beso, una caricia,
todo negado por un Servicio Penitenciario ciego y sordo.

Bajo la carpa, la humanidad se disuelve.
Se mezcla con la desesperación,
con la sensación de que nadie viene,
de que nadie escucha,
de que incluso la esperanza es un lujo que ha sido confiscado.

Cada sombra que se estira sobre el cemento es un latido roto.
Cada risa robada se convierte en un eco de violencia.

La carpa, inmortal y cruel,
sostiene el peso de todas las traiciones,
de todos los olvidos,
de todos los que llegaron y se fueron sin mirar atrás.

Y mientras la lluvia golpea,
o el sol quema como justicia tardía,

la carpa permanece,

como un recordatorio de que el dolor aquí no termina,

que incluso respirar es un acto de rebeldía,

y que amar… amar en este patio,

es un crimen que duele más que cualquier condena.

Capítulo XIX

Libertad Añorada

Te espero, libertad, como quien espera el último latido antes de la muerte.

Cada sombra en estos muros grita tu nombre, y mi corazón se retuerce entre el deseo y la desesperación.

La noche cae como un manto de plomo, y yo me sumerjo en la oscuridad de mis propios pensamientos, buscando en cada rincón tu luz prohibida.

Mi alma arde con la intensidad de un fuego que no se apaga, con ansias que desgarran cada fibra de mi ser.

Te sueño, libertad, en susurros que se mezclan con mi dolor, con recuerdos de abrazos que nunca volverán, con promesas que el tiempo y la distancia han intentado borrar.

Pero no, no cederé. Te espero con la pasión de quien ama lo imposible, con el romanticismo de quien cree que incluso en el abismo, la esperanza puede florecer.

El frío de los barrotes no logra apagar mi deseo, y el viento que se cuela por las rejas lleva consigo un perfume de lo que algún día será mío: tu aire, tu espacio, tu vida.

Cada lágrima derramada, cada herida abierta, cada noche interminable me acerca a ti.

Mi espera es un duelo, una poesía cruel, un drama que arde y me consume, pero también me hace invencible.

Te espero, libertad, con todo el tormento de mi pasión, con el oscuro amor de quien ha amado y perdido, con la certeza ardiente de que tu abrazo será mi renacimiento.

Y cuando llegue ese instante, romperé cadenas, sombras y silencios… y seré finalmente mío, seré finalmente libre.

Capítulo XX

Antes de morir

Antes de morir aprendí que el amor también mata.

No de golpe, no con ruido, sino lento… como la humedad que pudre los huesos.

Me fui muriendo de a poco, en cada promesa incumplida, en cada noche donde mi nombre ya no te pertenecía.

El cuerpo resiste, pero el alma no.

El alma se quiebra cuando espera y nadie vuelve.

Cuando ama y recibe silencio.

Cuando grita y solo responde el eco de una celda vacía.

Te amé hasta el punto de desaparecer.

Me borré para que existieras, y aun así te fuiste.

Me dejaste vivo, que es peor que estar muerto,

porque vivir sin amor es una condena sin fecha de salida.

Antes de morir maldije el recuerdo de tu voz,

porque todavía me habita,

porque aún sangra cuando la nombro,

porque fue refugio y hoy es herida abierta.

La muerte no vino a salvarme.

Me encontró cansado, vencido, con el corazón arrodillado.

No me llevó… me terminó de romper.

Y entendí que hay muertes que ocurren mientras uno respira.

Si alguna vez preguntas por mí,

no digas que morí.

Di que amé demasiado,
que creí en quien no supo quedarse,
que entregué todo y me devolvieron ausencia.

Antes de morir dejé mi amor escrito en la oscuridad,
para que pese como una culpa,
para que arda como una verdad imposible de borrar:
no me mató la muerte,
me mató el amor cuando decidió abandonarme.

Epílogo

El sistema no escucha gritos:
escucha paciencia,
pero teme a quien piensa.

La justicia no siempre es justa,
a veces es un laberinto diseñado
para cansarte,
para que confundas resignación con paz
y silencio con prudencia.

Luchar no es golpear los muros,
es aprender su arquitectura.
No es romper la puerta,
es descubrir qué bisagra ya está oxidada
por su propia hipocresía.

Quien pelea solo con furia
termina agotado.
Quien pelea solo con razón

termina ignorado.

Pero quien une razón y fuego,

ese incomoda,

ese preocupa,

ese no pasa desapercibido.

Advertencia primera:

el sistema te quiere dócil, no inocente.

Te quiere cansado, no vencido.

Porque el cansancio firma papeles

que la conciencia jamás firmaría.

Advertencia segunda:

cada palabra escrita es un arma

o una condena.

La emoción desbordada se usa en tu contra;

la emoción domada se vuelve estrategia.

Advertencia tercera:

no confundas tiempo con derrota.

El tiempo también sangra,

y a veces sangra más lento…

pero sangra.

Luchar por la libertad

no es negar la oscuridad,

es caminar dentro de ella sin perder el nombre.

Es recordar quién eras

antes de que un expediente intentara reducirte

a un número,

a un módulo,

a un silencio.

La libertad empieza mucho antes de la calle:

empieza cuando el sistema no logra quebrarte por dentro.

Y seguimos.

Con la mente fría.

El corazón intacto.

La palabra afilada.

Porque la libertad no se suplica:

se construye, se argumenta y se resiste.

La prisión es un corazón negro que late al ritmo de la desesperanza.

Cada celda es un ataúd abierto, cada pasillo un lamento que se arrastra sobre el frío del cemento.

Aquí, la muerte no llega de repente: se pasea lentamente, toma asiento junto a tu cama, observa cómo tu cuerpo se enferma y tu alma se quiebra.

El dolor es un amante cruel que nunca olvida, que te besa con sus labios helados y deja cicatrices invisibles en la memoria.

El hambre, la sed, el calor sofocante y el frío que atraviesa los huesos no son simples castigos: son cartas de amor negro que la prisión escribe con tinta de sufrimiento.

Enfermarse aquí es enamorarse de la vulnerabilidad. Cada tos, cada fiebre, cada latido errante del corazón es un verso de abandono, un poema que habla de negligencia, de cuerpos olvidados y de vidas que se consumen lentamente bajo la mirada indiferente del mundo.

El castigo se infiltra en cada gesto: la voz que grita no es escuchada, la esperanza que germina es pisoteada.

La prisión no solo encierra cuerpos: encarcela almas, fragmenta identidades, arranca la piel del tiempo y deja al corazón desnudo, expuesto al frío de la soledad.

Y sin embargo… incluso en este abismo, el dolor es testigo de nuestra humanidad.

La muerte, la enfermedad, el sufrimiento y el castigo se entrelazan en un baile oscuro y romántico, revelando que incluso entre las sombras más densas puede brillar una verdad terrible: somos frágiles, vulnerables… y extraordinariamente humanos.

Compañeros, hermanos de esta experiencia, sepan que la prisión puede cerrar las puertas del mundo exterior, pero nunca puede encadenar nuestra mente si decidimos mantenerla libre.

El dolor es inevitable: duele el cuerpo, duele la separación de los afectos, duele la injusticia.

Pero más allá de todo eso, está la fuerza que cada uno lleva adentro: la fuerza de nuestra mente.

Cada pensamiento, cada reflexión, cada instante de claridad es un acto de libertad que nadie puede arrebatarnos.

La mente es nuestro refugio, nuestra arma y nuestro camino.

En el silencio de la celda, en la rutina que parece interminable, podemos entrenar nuestra resiliencia, comprendernos mejor, transformar la rabia en estrategia, la tristeza en aprendizaje.

No permitan que la desesperanza los derrote. El mundo afuera puede ignorarlos, pero dentro de ustedes hay un poder que ni el tiempo ni las rejas pueden tocar.

Alimenten su mente con lectura, con reflexión, con sueños, con planes.

Cada pequeño acto de consciencia es un acto de fuerza, de resistencia, de vida.

El dolor existe, pero no nos define. La prisión es dura, pero nuestra mente es más dura aún.

Si la cultivamos, si la usamos, podemos salir de ella más fuertes, más claros y más libres de lo que nunca imaginaron.

Nunca olviden: mientras la mente permanezca fuerte, nadie puede quitarnos la libertad verdadera.

Jorge Polanco Novoa

Final

En el silencio de los barrotes, donde la noche se traga la esperanza,
surge un grito que nadie puede callar.
Corazones rotos, cuerpos marcados, miradas que desafían al olvido;
en la oscuridad, la pasión y la furia se entrelazan,
y cada lágrima es un juramento de libertad.

Aquí, en estas páginas, la lucha no es elección:
es amor por lo que somos,
es odio por lo que nos quieren arrebatar,
es la llama que quema el miedo,
el latido que desafía a la injusticia.

Ven, acompáñanos en este concejo de almas indomables:
donde la libertad se escribe con sangre y poesía.

Por Jorge Enrique Polanco Novoa

Podrán golpear mi carne hasta que el grito se quiebre,
podrán sumergir mi voz en el silencio más profundo,
podrán arrancar mis ideas como hojas secas de un otoño maldito.
Podrán encadenar mi cuerpo a los muros del dolor,
podrán quebrar mis huesos bajo el látigo del miedo,
podrán ensuciar mis manos, mi sangre y mis días,
pero jamás… jamás… tocarán mi mente.

Porque en ella arde un fuego que ni la noche más oscura puede extinguir,
un fuego hecho de sueños prohibidos, de memorias secretas,
de palabras que no se pronuncian, pero que cortan el aire
como cuchillos de luz en la sombra de la injusticia.

Allí mis fantasmas se vuelven guardianes,

mis cadenas se transforman en alas,

mis tormentos se tiñen de poesía y de amor imposible,

y cada lágrima derramada es un río que alimenta mi libertad interior.

Podrán envolverme en la soledad de muros fríos,

podrán robarme los abrazos, los rostros y las voces,

pero no podrán robarme la eternidad que he tejido en mi pensamiento,

ni el reino secreto donde mi alma camina desnuda,

donde danzan la memoria y la rebeldía,

donde todo verdugo se vuelve invisible ante mi fuerza interior.

Y así, mientras mis brazos caen rendidos,

y mis pies se hunden en la prisión de la carne,

mi mente vuela entre estrellas robadas,

entre sueños de libertad que nadie puede arrebatarme,

allí donde soy inmortal, indomable, invicto.

Podrán tocar mi cuerpo…

podrán intentar sofocar mi voz…

podrán maltratar mi mundo tangible…

pero nunca… nunca… jamás… podrán tocar mi mente.

Y en ese reino secreto, oscuro y hermoso,

soy eterno.

Soy fuego.

Soy libertad.

Jorge Enrique Polanco Novoa